

en los consejos del emperador, y V. A. recordará que siempre he dado en ellos mi voto con una entera libertad.

Las contestaciones de Moncey, frias y dignas á un mismo tiempo, habian irritado á Murat; pero logrando reprimirse prosiguió con aparente calma.

—Lo cierto es, señor mariscal, que se han cumplido mis pronósticos.

—Tambien se han cumplido los míos. —

—¿De qué manera?

—Aseguré que se derramaria en abundancia la sangre francesa.

—Y yo dije que el trono de España no saldría caro al precio de una poca sangre.

—No se ha derramado una poca. —

—Ha corrido la madrileña, y esto me importaba muchísimo.

—Por cada paisano, monseñor, hemos perdido diez franceses.

—Repetid, señor mariscal.

—Por cada paisano, monseñor, hemos perdido diez franceses.

—Pues yo juro, señor mariscal, que pronto igualaré las pérdidas.

Y levántandose de repente, se dirigió á la mesa, llamó al gefe del estado mayor general y le dijo:

—Señor general, escribid. —

Augusto Belliard tomó un pliego de papel timbrado y una pluma, y el gran duque empezó á dictarlo :

ORDEN DEL DIA.

«Soldados : mal aconsejado el populacho de Madrid , se ha levantado y cometido asesinatos : bien sé que los españoles que merecen nombre de tales, han lamentado tamaños desórdenes, y estoy muy distante de confundir con ellos á unos miserables que solo respiran robos y delitos. Pero la sangre francesa vertida clama venganza. Por tanto mando lo siguiente.

— ¡Monseñor! exclamó Moncey , si vengamos la sangre francesa, los españoles vengarán la española, é iremos de venganza en venganza hasta el esterminio general.

— Señor mariscal, replicó el gran duque; pero no pudo proseguir, porque le anunciaron la llegada de D. Miguel José de Azanza y de D. Gonzalo Ofarril.

Murat se alejó de la mesa, dejando en ella á Belliard, y se presentaron los ministros.

— Monseñor, dijo el de la guerra, venimos de orden de S. A. R. el Sermo. Sr. infante D. Antonio, á participar á V. A. I. y R. la pacificacion de Madrid.

—Ya la sabia, señor ministro, por el señor general Harispe.

—El señor general Harispe habrá noticiado á V. A. la docilidad con que el pueblo ha dejado las armas á la voz de sus magistrados,

—Se, señor ministro, que el pueblo ha puesto término á la rebelion á la voz de sus magistrados.

—Restablecida la tranquilidad, el gobierno cree conveniente que mande V. A. retirar las tropas de los puntos que han ocupado y aun ocupan; dejando libres las comunicaciones interiores, para que los vecinos detenidos puedan retirarse á sus casas: y haga cesar todas las disposiciones hostiles, supuesto acaba de publicarse una general amnistía. —

—¿La junta y el señor infante creen conveniente que se tomen esas medidas?

—Las consideran indispensables.

—¿La junta y el señor infante están seguros de que no se turbará el orden?

—Segurísimos, monseñor.

—¿La junta y el señor infante garantizan al generalismo de los ejércitos franceses, que sus soldados no se verán acometidos ni asesinados en detall?

—Los españoles, monseñor, nunca se muestran tan generosos, como despues de la pelea.

—¿Pero la junta garantiza lo que acabo de preguntar?

—Lo garantiza, monseñor.

—Pues en ese caso tomaré las disposiciones que la junta ha tenido á bien proponerme.

—La junta queda agradecida á la bondad de V. A.

Los dos ministros se despidieron, el gran duque se acercó á la mesa y continuó dictando á Belliard.

«ARTICULO 1.º Esta noche convocará el general Grouchy la comision militar.

«ART. 2.º Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebellion han sidos presos con armas.

«ART. 3.º La junta de gobierno va á mandar desarmar á los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la corte, que pasado el tiempo prescrito para la ejecucion de esta medida, anden con armas ó las conserven en sus casas sin licencia especial, serán alcabuceados.

«ART. 4.º Todo corrillo, que pase de ocho personas, se reputará reunion de sediciosos y se disparará á fusilazos.»

«ART. 5.º Toda villa ó aldea en donde sea asesinado un francés será incendiada.

«ART. 6.º Los amos responderán de sus criados; los empresarios de fábricas de sus

«oficiales; los padres de sus hijos, y los predados de conventos de sus religiosos.

«ART. 7.º Los autores de libelos impresos ó manuscritos que provoquen á la sedición, los que los distribuyeren ó vendieren, se reputarán agentes de la Inglaterra, y como tales serán pasados por las armas.

«Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808.»

El gran duque cogió la pluma, firmó—*Joaquin*—y devolviendo el pliego á Belliard, prosiguió dictándole:

«Por mandado de S. A. I. y R., el gefe de estado mayor general.—*Belliard.*»

El gran duque se dirigió al círculo que formaban los generales y encarándose con Moncey, le dijo:

—Señor duque de Connegliano, fueron estas vuestras palabras sino me es infiel la memoria: *Por cada paisano, monseñor, hemos perdido diez franceses*; con la orden que acabo de firmar se igualarán un tanto las pérdidas.

—Esa orden, replicó Moncey, no se puede llevar á efecto.

—¿Por qué razón?

—Porque V. A. acaba de ofrecer á Ofarril hacer cesar todas las disposiciones hostiles, y el gran duque de Berg y Cleves no puede faltar á su palabra.

El gran duque se mordió los labios de despecho, y dejó al embajador de Francia.

—¿Señor conde de Laforest opinais con el mariscal?

—Lo que encuentro, difícil, monseñor, repuso el conde; es que la junta quiera cumplir lo que ha ofrecido V. A. en el art. 3.º.

—La junta de gobierno, señor conde, es mas amiga de complacerme que los generales franceses,

—La junta de gobierno, monseñor, interrumpió Moncey indignado, no tiene que mirar en nada por el honor de los franceses.

—Señor duque de Connegliano, no necesito consejeros.

—Monseñor.....

—Y reclamo subordinacion en los generales franceses.

Moncey dominado por su enojo y por su indignacion profunda iba á arrancarse sus insignias, pero le detuvieron sus amigos, y Murat prosiguió con ira.

—Para probar á uno que mi órden se llevará á cumplido efecto, y al señor conde que la junta no desaira mis ofertas: haced, general Belliard, que saquen copias de esa órden: remitid una al espresado general Grouchy; mandad fijar otras en todos los parages públicos, y vos mismo presentareis esa al señor

infante D. Antonio para que cumpla lo que mando en el art. 3.º.

Belliard, que estaba acostumbrado á ejecutar religiosamente todas las órdenes del gran duque, salió al instante de la sala, llevándose el pliego en la la mano para cumplir su cometido, y Murat prosiguió :

—Señores, estoy sumamente satisfecho de los servicios que habeis prestado en este dia al emperador de los franceses, y os doy las gracias en su nombre. Restablecida la tranquilidad no necesito molestaros, y podeis buscar el reposo que necesitais con razon.

Los generales dieron las gracias al gran duque, y se retiraron al momento. Solo Murat con Laforest, se sentó á su lado y le dijo con un acento cariñoso.

—Es necesario apresurar la partida de los infantes.

—Opino como V. A.

—¿Me parece que hoy he cumplido las órdenes del emperador?

—Sin la menor duda.

—Mañana os tocará á vos, señor conde.

—Espero las de V. A.

—Vereis al infante D. Antonio y le direis, que si mañana muy temprano no se pone en marcha su sobrino, me hará recurrir á la fuerza.

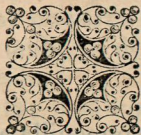
—Asi lo haré.

—Pasado mañana debe salir el mismo infante.

—Pondré los medios, monseñor.

—Hasta mañana, señor conde.

El embajador se alejó, Murat se echó sobre el sofá y sacudió la campanilla.



CAPITULO XXXII.

El amor de una muger.

Al ruido de la campanilla acudió Mr. Geragny, ayuda de cámara del gran duque y su confidente en diplomacia y en amores. El discreto ayuda de cámara se acercaba con su sonrisita de costumbre pero en algun modo burlona.

—¿Qué me mandaba, monseñor, preguntó con su voz melosa.

—¿Ha venido Mr. Duradin.

—Dos ó tres veces, monseñor.

—¿Y qué te ha dicho?

—Tantas cosas , que no sé si podré recordarlas.

—Procura hacerlo , Geragny , si te encuentras bien con tus orejas.

—No me haria gracia , monseñor , quedar como gato maltés , y haré cuanto esté de mi parte para conservar este adorno.

—Habla , pues de lo que interesa.

—Voy al momento , monseñor , Mr. Duradin se ha portado como un héroe.

—¿Cómo un héroe?

—Son sus palabras.

—Eso ya varia : mas sepamos.

—A él se le debe la resistencia de la Puerta del Sol , y el que el pueblo no se dispersara antes de llegar nuestras tropas.

—¿Y por lo tanto le debemos la muerte de nuestros soldados?

—Exactamente , monseñor.

—¿Y ese fué todo su heroismo.

—¿No le habia mandado V. A. que empeñara al pueblo en la lucha para castigarlo despues con justo rigor?

—Es verdad.

—Pues en ese caso.....

—Ha cumplido , y merece veinte mil francos ; los que si ciño , como espero , la rica corona de España pagaré de mi propio bolsillo , y sino los cargaré en cuenta al empera-

dor de los franceses. ¿Qué te parece Geragny?

—Poco dinero veinte mil francos para comprar una corona.

—Añade á esos veinte mil francos la espada de Joaquin Murat.

—No hay duda que pesará mucho; pero en la otra balanza.

—¿Qué?

—Esta la independenciá española y la voluntad de Napoleon.

—¿Crees que mi cuñado.....

—Nada creo.

—Siempre emponzoñas con tus dudas mis mas deliciosos momentos: te gusta disipar mis ensueños,

—Yo nada dudo, monseñor, y respeto el sueño del que duerme. Mas ocupémenos de otra cosa. El héroe, Mr. Duradin, se ha convertido en Dios Mercurio y participa á V. A., á quien yo convierto en Dios Marte, que será recibido por la Venus griega, en su templo de Gnido ó Pafos á las ocho y media de la noche.

—Mitológico estás.

—Con todo: V. A. me habrá entendido.

—¿Muy temprano me dá la cita?

—Debe presentarse á las diez su padre, á quien llamaré Júpiter Tonante, y no debe

ser muy inclinado á tolerar los amorios de su amable y hermosa hija.

—Deja á parte tu mitología y cuéntame sencillamente lo que te haya dicho Duradin.

—Bien me andaba por el Olímpo, pero me bajaré á la tierra. Duradin dijo á la señora que V. A. deseaba tener el gusto, honor, y demas de hacerla esta noche una visita; la señora se negó al principio, enjugó despues una lágrima, y por último condescendió.

—¿Enjugó una lágrima? bien: ¿Pero qué diablo de ruido arman en mi antecámara?

—No sé. Voy á informarme, monseñor.

Geragny se llegó á la puerta, la entreabrió y soltó una gran carcajada.

—¿Qué ha sucedido, Geragny?

—Nada, monseñor: una muger que quiere hablar á V. A. y ha derribado á dos lacayos porque no la dejan entrar.

—¿Es buena moza?

—Ya lo creo.

—Pues déjala.....!

No acabó Murat, y atropellando á Geragny entró en el salon la muger.

—¡Dolores! exclamó el gran duque.

—Gran duque: murmuró Dolores.

Ambos se quedaron mirándose, Dolores con serenidad y con estupor el gran duque. Joaquín Murat era el mismo hombre que ha-

bia contemplado la jóven en el aposento de la bruja : ¿pero era ella la misma Dolores que allí habia encontrado el gran duque de Berg y Cleves ? No era la misma ciertamente.

Su hermosura mústia y ajada como la de una rosa marchita al impulso del aquilon no conservaba la frescura que la realzaba : habia descuidado su atavío , y sus manos ennegrecidas por la pólvora manifestaban claramente que habia salido de un combate.

Geragny bastante mal parado del rudo y violento empellon la miraba casi espantado ; y Murat haciendo un esfuerzo para dominar una estrañeza que á la turbacion se acercaba , dijo á Dolores sonriyendo.

—¿ Venís á buscarme , señora ?

—Tengo que hablar con V. A.

—Podeis hacerlo.

—Desearia que hablásemos sin testigos.

A una señal del gran duque de Berg se retiró su ayuda de cámara , y la jóven , dejándose caer sobre un sillón , dijo con voz desfallecida.

—Permitidme , monseñor , que me siente porque me encuentro muy cansada.

—Descansad , Dolores , descansad : estais en vuestra propia casa.

—Agradezco esa cortesía , pero no perdamos el tiempo.

—Hablad , señora , cuando os plazca.

—Empezaré haciendo una historia. Hoy se han regado , monseñor las calles de Madrid con sangre.

—Lo sé , señora , proseguid.

—El combate ha sido terrible , y sin la respetable intervencion de los magistrados españoles continuaria con mas empeño y tendria un éxito feliz.

El gran duque se sonrió y Dolores prosiguió con firmeza.

—Hubiera llegado la noche y con ella la cruel matanza. Las tropas francesas acosadas por los irritados madrileños , viendo el fuego por todas partes , ya brotando bajo sus pies , ya cayendo sobre sus cabezas , ya desorganizando sus filas , se hubieran retirado en desórden abandonando una poblacion que se habia convertido por ensalmo en aspillerada fortaleza : vos , gran duque de Berg y Cleves , hubierais tenido que huir , para ocultar vuestra derrota en las tiendas de un campamento.

El semblante de Joaquin Murat iba tomando un aire sombrío , la jóven prosiguió con calma.

—Ha sucedido lo contrario. Los gobernantes fueron débiles , con debilidad tan punible que equivale casi á la traicion. No contentos

con atar las manos á tres mil soldados españoles para que no voláran al socorro de sus perseguidos hermanos, viendo que el pueblo por sí solo estaba muy próximo á unir con la blanca palma del martirio el verde laurel de la victoria, se presentaron á engañarlo con palabras dulces, con promesas que ocultaban una vil perfidia.

— ¡ Señora !

— Los paisanos se retiraron con la buena fé de españoles, pero los soldados franceses se aprovecharon de este armisticio, para ocupar las bocacalles y todos los puntos importantes, colocando en las encrucijadas cañones con mecha encendida. Este aparato militar, que se aumentaba por momentos, debia producir desconfianza; sin embargo reinó la paz, y los mas ardientes patriotas se iban entregando al reposo: pero de repente una voz lúgubre, como la del pájaro que anuncia la proximidad de la tormenta, empezó á correr por la villa con la celeridad del rayo. « Afir-
 » mábase que españoles tranquilos habian sido
 » cogidos por los franceses y arcabuceados
 » junto á la fuente de la Puerta del Sol y la
 » iglesia de la Soledad, manchando con su
 » inocente sangre las gradas del templo. » (1)

(1) Toreno.

Nueva tan triste y alarmante no fué en un principio creída , porque nadie podia figurarse faltasen con tanto descaro á las palabras empeñadas ; pero al fijar una órden del dia escrita con sangre de hiena nadie dudó de la verdad. Esta sangrienta órden del dia estaba firmada por *Joaquin*.

Dolores se cruzó de brazos, Murat la contempló en silencio, mas haciendo un esfuerzo dijo :

— ¿ Y bien , señora.....

— Ahora , gran duque , os contaré en pocas palabras una historia muy diferente. Una noche , jamás la olvido , frenética de amor y celos , fui al camarín de una bruja para preguntarla noticias del hombre á quien idolatraba. No referiré , monseñor , las diabólicas arterias con que procuraron fascinarme ni cuanto sucedió , gran duque : lo mismo que yo lo sabeis : os contaré solo una parte que seguramente ignorais. Cuando salisteis , monseñor , de la habitacion de la bruja , se encontraba un hombre de pie en la misma puerta de la calle.

— Le ví.

— Aquel hombre no os conoció , pero descubrió vuestros bordados y desenvainó su puñal , para matar á un enemigo.

— ¿ Para matarme?

—Sí, monseñor; pero una muger os salvó la vida.

—¿Quién fué esa muger?

—Yo, gran duque.

—¿De qué manera me librasteis?

—Presentándome en el dintel. El hombre que blandia el puñal era mi amante, monseñor, y como me creyó perjura, prefirió un momento asesinarme á perseguir á su rival. ¡Qué noche aquella, monseñor; tuvo momentos espantosos, momentos que jamás se olvidan. Ví varias veces sobre mi pecho el agudo puñal de mi amante: al fin me perdonó la vida, pero no he logrado desde entonces una mirada de compasion ni una palabra de cariño.

—¿Qué tengo yo que ver, señora, con vuestros amores?

—Gran duque, voy á enlazar estas dos historias: con arreglo á la órden del dia que ha mandádo fijar vuestra alteza, ha sido detenido Manuel; con arreglo á la misma órden será juzgado y condenado por la comision militar: por las persecuciones de Murat y viles tramas de Teresa nos hallamos desavenidos, y debemos reconciliarnos porque mi amante va á morir.

Murat miraba fijamente á aquella muger extraordinaria y no desplegaba sus lábios; Do-

lores esperó un momento y despues prosiguió diciendo :

—¿ No me ha entendido V. A. ?

—¿ Qué quereis , señora , de mí ?

— Una órden para que me dejen llegar hasta la prision de mi amante.

—¿ Qué quereis de él ?

— Que me perdone ó morir á sus pies de amor.

— ¡ Dolores, Dolores, imposible! mi pasion estalla de nuevo; yo os amo, Dolores, yo os amo.

— Silencio , gran duque de Berg : no rivaleceis á un moribundo.

— Amarme , Dolores , amarme ; y le concederé la vida.

— Silencio , gran duque , silencio. No vengo á pedir un favor al enemigo de mi patria ni quiero arrebatár un mártir á la causa de la independenciam : solo vengo á pedir justicia. Por vuestra causa , gran duque de Berg , pesa sobre mí su maldicion y es justo tambien que me bendiga.

Las negras pupilas de Dolores se iban dilatando por momentos , y empezaban á destellar con el brillo fascinador que subyugaba tanto al gran duque : queria Murat romper la cadena de aquel misterioso magnetismo ; pero se estrellaban sus esfuerzos en la mirada de la jóven imponente á un tiempo y gla-

cial. El generalísimo francés se veía humillado en esta lucha y maldecía el fatal instante en que sus ojos encontraron aquella orgullosa beldad.

—Monseñor, prosiguió la jóven, no tengo tiempo que perder.

—Señora, replicó el gran duque haciendo un esfuerzo extraordinario: yo estaba tranquilo en mi casa, no me acordaba de lo pasado ni pensaba en el porvenir. ¿Por qué ha venido V., Dolores?

—Es muy cómodo, monseñor, hacer el mal y olvidarse de haberlo hecho; yo me olvidaría de la ofensa si me afectase á mí no mas, pero hace tanto daño á él.

—¡Dolores!

—Manuel va á morir, me amó en un tiempo como le amo, y al espirar estoy segura que se acordará de Dolores. Considerándome criminal será muy amarga su agonía, pero si sabe que soy pura morirá sin pena, monseñor, y me mirará desde el cielo.

—Señora, olvidad á ese hombre y le concederé la vida.

—Olvidarlo, monseñor, olvidarlo: no olvida quien ama cómo yo.

—Vuestro amor es su muerte, Dolores.

—No importa; yo daría mil veces la vida por un átomo de su amor.

—¡Dolores!

—Monseñor, gastamos el tiempo dolorosamente; dijo Dolores levantándose y clavando su ardiente mirada en los mustios ojos del gran duque. En aquella mesa hay papel y plumas, tenga V. A. la bondad de tomar un pliego y escribir.

—Imposible.

—No será imposible; porque lo mando yo gran duque.

Dolores arrugó la frente, se mordió los labios con furia, y acercándose mas al gran duque le cojió la mano: Murat la retiró rápidamente, como si hubiera tocado un ascua, la jóven se la asió de nuevo, lo condujo á la mesa de escribir, y señalándole un sillón le dijo:

—Sentaos, gran duque en ese asiento.

El gran duque la obedeció, enteramente fascinado; Dolores se colocó en frente, dió un pliego de papel á Murat, le puso una pluma en la mano y prosiguió:

—Escribid, gran duque.

—Dictadme: murmuró el gran duque inclinado sobre el papel.

Dolores meditó un momento, y dictó á Murat lo siguiente.

• Los encargados de la custodia de los paisanos que están prisioneros en San Gil, per-

mitirán á la portadora de esta órden que entre á ver á los dichos presos, y que converse en particular con cualquiera de ellos.—

Joaquín.»

El gran duque dobló el papel y lo puso en manos de Dolores, esta lo tomó resueltamente, y presentando otro pliego á Murat, prosiguió dictando :

»Declaro que en la noche del ocho de abril.....

Dolores continuó dictando ; pero Murat tiró la pluma, exclamando :

—¡ Imposible, imposible !

—Imposible, repitió Dolores: sucederá porque yo lo mando.

El gran duque se resistia , la jóven estaba furiosa, hasta que Murat subyugado por aquella mirada magnética empuñó de nuevo la pluma, y escribía casi maquinalmente cuanto le dictaba Dolores. Terminado el segundo pliego lo entregó sin doblar á la jóven , esta lo dobló tranquilamente, se levantó de su sillón y dijo con fiera arrogancia.

—Debeis darme las gracias , gran duque; os he hecho trabajar mucho menos que vos al buen rey Cárlos IV.

El gran duque lanzó un rugido y desapareció Dolores.

CAPITULO XXXIII.

El Cuartel de San Gil.

Con razon ofreció el gran duque á Mr. el conde de Laforest que la junta daria cumplimiento á la disposicion tercera de su vandálica órden del dia. Conocia Murat muy á fondo á sus complacientes individuos, y la experiencia demostró la veracidad de su cálculo. Es cierto que su órden del dia era el ataque mas directo contra las prerogativas de la junta, de los consejos y tribunales que habia dado hasta entonces Murat. Sin fundarse en ningun derecho, sin autorizacion ninguna, disponia de los españoles como de sus propios soldados; aunque tenia en verdad el derecho del lobo que los mismo pastores encierran entre su rebaño de corderos. La junta suprema de go-

bierno, presidida por el infante D. Antonio, los presidentes de los consejos y un gran número de sus miembros se encontraron sobrecogidos con las alarmantes noticias que de todas partes llegaban, y sobre todo con la orden que acababa de dar el gran duque; pero siempre mudos de terror y entumecidos por el miedo no solo le dejaron obrar, sino que tambien secundaron sus crueles é inicuos proyectos.

Decia Murat en el artículo tercero de su furibunda orden del dia: «*La junta de gobierno no va á mandar desarmar á los vecinos de Madrid,*» y el consejo real de Castilla, para complacerlo sin duda, publicó un bando, mas bien propio de atemorizadas mugeres que de hombres dignos de ejercer la suprema magistratura en una nacion de valientes. (1)

Este bando era una parodia de la orden del dia de Murat, su sancion y su apología: brotaba sangre como aquella, pero se cono-

BANDO DEL CONSEJO REAL. (1)

Aunque por las providencias tomadas se logró contener el alboroto del pueblo en la mañana de este dia, y se ha visto ya desde la tarde el sosiego público, conviene tomar otras precauciones que aseguren el que no se repitan tan funestas sucesos. Y con este objeto se hace saber á todos los habitantes de Madrid que por ningun título ni pretesto se reunan en las calles y plazas; en el concepto de que si advertidas por cualquier alcalde de córte ó de barrio, ó cabeza de ronda, ó gefe militar con patrullas de cualquier graduacion que sea, no se disper-

cia al mismo tiempo que habian temblado al escribirlo, mirando sobre sus cabezas el sable del conquistador.

Con arreglo á la órden del dia y el bando del Consejo Real, dieron rienda las tropas francesas á sus instintos sanguinarios, entregándose á la venganza que ardientemente apetecian. «La capital se inundó de fuertes patrullas, que recorriendo sus calles registraban escrupulosamente á todos los que se encontraban, y los conducian á los cuerpos de guardia mas inmediatos y de alli á la casa

saren inmediatamente, se les tratará como violadores de la pública tranquilidad, é impondrán las penas correspondientes hasta la de muerte.

Que los alcaldes de córte recojan en el dia de mañana en sus respectivos cuarteles todas las armas cortas blancas (en las cuales es bien sabido que se comprenden los puñales) y de fuego, para colocarlas en la pieza que á este fin se destine en las casas capitulares.

Que las escopetas y armas largas permitidas por la pragmática solo para la defensa propia, y evitar los asaltos de ladrones en las habitaciones ó en los caminos, se forme lista por los mismos alcaldes de cuartel, haciendo saber á sus dueños que no las empleen en otros usos, bajo las mas severas penas.

Que si despues de la publicacion de este bando se encontrase alguno usando dichas armas cortas blancas ó de fuego se le impondrá no solo la pena de pragmática, sino tambien se agravarán hasta la de último suplicio.

El consejo espera de la ilustracion y obediencia de los vecinos honrados de Madrid que procuraran impedir todo desórden, cuidando se conserve la mejor buena armonia con la tropa francesa, para no esponerse á las fatales resultas que ya se han empezado á experimentar.—Madrid 2 de mayo de 1808.

Gaceta de Madrid del martes 10 de mayo de 1808.

»de Correos.» (1) En esta se encontraba constituida una comision militar, presidida por Grouchy, comandante general de la vanguardia y de las tropas francesas en Madrid.

No aprehendian los soldados franceses á hombres que pudieran llamarse arriados: se apoderaban del traginero que llevaba, segun costumbre, una ó dos agujas de enjalmar; del pobre barbero, que presentaba sus navajas; del peluquero ó esquilador que no ocultaba sus tigras; del fumador desprevenido, que llevaba como otras veces la navaja de picar tabaco; (2) del oficinista, que no abandonaba su cortaplumas; (3) de cuantos creyén-

(1) Muñoz Maldonado.

(2) D. Antonio Oviedo, hoy bibliotecario en la nacional de esta corte, fué aprehendido el día Dos de Mayo con una pequeña navaja destinada á picar tabaco. Conducido á la casa de Correos fué condenado sin oírle: y ya arrodillado, en uno de los patios del Retiro, para ser arcabuceado, debió la vida á un oficial francés, que se condolió de su suerte. El conde de Toreno y otros alcanzaron de don Arias Mon una orden para que se le pusiera en libertad, y con ella se presentaron al general Sesti, que mandaba en la casa de Correos; pero este italiano al servicio de España les contestó: *que para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses les habia entregado todos sus presos y puéstolos en sus manos.*

(3) A D. José Infante, de 74 años de edad, natural de Mallorca y empleado en loterías, lo prendieron á las cinco de la tarde en la carrera de San Gerónimo, y encontrándole un cortaplumas, fué sentenciado por la comision militar, y fusilado aquella misma noche en el Campo de la Lealtad.

Nos ha dado estos pormenores un hijo del venerable anciano, que ha aprovechado la ocasion de consignar el sacrificio de su padre.

dose á salvo de tan cruda persecucion, y no sabiendo que la villa se habia convertido en una selva ocupada por salteadores, la cruzaban por cualquier motivo, en cualquier parage ò direccion.

Habia recogido Manuel el último aliento de Daoiz y era tambien depositario de su postrera voluntad: este sagrado *fideicomiso* debia cumplirse inmediatamente, y el buen mozo, sin acordarse de los peligros que podia traer su comision, se dispuso á cumplirla al momento. Cruzó algunas calles sin tropiezo, mas llegado á la Encarnacion, fué detenido por una patrulla francesa, que procedió al punto á registrarlo. Entre Manuel y los franceses eran inútiles las palabras por hablar distintos idiomas, y aunque aquella manera de obrar indignaba al hombre del pueblo, se resignó sin hacer resistencia, porque ignoraba la órden de Murat y queria cumplir religiosamente el *fideicomiso* de Daoiz.

No trabajaron mucho los franceses para encontrar un grave cuerpo de delito: Manuel no se habia despojado de un magnífico puñal de Albacete, que habia manejado todo el dia de una manera prodigiosa, y el agudo puñal teñido en negra sangre de franceses, cayó en poder de la patrulla, sin que su dueño hubiera hecho diligencias para ocultarlo. Gozosos